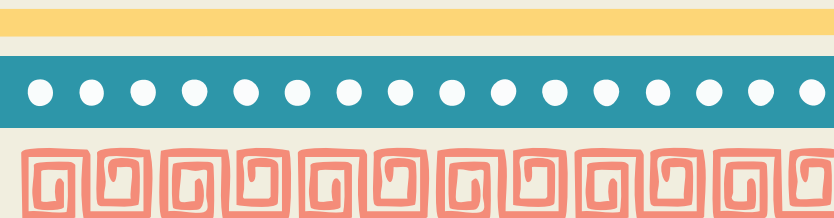


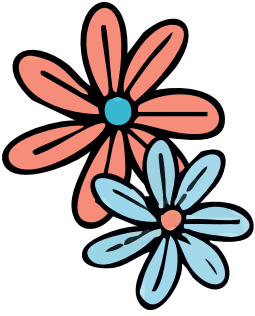


Autor: Carlos Eduardo Martínez Hincapié



Operador contratista





LA CULTURA Y LA VIDA

Julio, 2025

Benposta Nación de Muchach@s

Autor:

Carlos Eduardo Martínez Hincapié

Diseño editorial:

[Felipe Vásquez G.](#)

Con el apoyo de:

Esta publicación es producto del Convenio No. 1180 de 2024 suscrito entre el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar - Fondo Colombia en Paz y Benposta Nación de Muchach@s.

La Caja de Herramientas constituye uno de los productos del tercer desembolso del convenio y sus contenidos son responsabilidad de las entidades participantes.

Nota:

Este texto (revisado) hace parte de la Introducción a la tercera edición del libro "De nuevo la Vida - El poder de la noviolencia y las transformaciones culturales - Uniminuto 2019





CONTENIDO

| | |
|---|---|
| Cultura y Vida | 1 |
| Crisis de civilización - La cultura en crisis | 2 |
| Algunos de los imaginarios de la cultura hegemónica | 3 |
| La cultura emergente - Transformaciones en proceso | 4 |





1. CULTURA Y VIDA

Este escrito es sobre la Vida y las transformaciones culturales que la misma está suscitando. La filosofía y la metodología de la noviolencia surge cada vez con más fuerza, en la medida en que se demuestra que los cambios logrados con la violencia terminan por pervertir los más encomiables fines, convirtiendo la pretendida justicia social y la equidad en una mueca muy parecida a la sociedad que se pretendía cambiar.

La comunidad humana ha ido perfilando sus ideas, ha ido enriqueciendo la propuesta con planteamientos de autores en distintas partes del mundo, está pensándose el tema de la profunda crisis en la que se encuentra esta cultura humana que nos hegemoniza o, al menos, aquellos elementos que se han desconectado de la vida, es decir, que ya no colaboran con su permanencia y, por el contrario, la amenazan.

Uno de ellos es Antonio Damasio¹ quien plantea la homeostasis como “el poderoso imperativo” que permite y posibilita los procesos necesarios para prevalecer y garantizar la sobrevivencia, construyendo equilibrios dinámicos con el objetivo de preservar la vida. Este autor dice así:

La homeostasis se refiere al conjunto fundamental de procesos que se hallan en el corazón mismo de la vida, desde su inicio en la bioquímica primitiva, desaparecida hace ya muchísimo tiempo, hasta el presente. La homeostasis es el poderoso imperativo, carente de reflexión o expresión, que permite a cualquier organismo vivo, pequeño o grande, resistir y prevalecer. La parte de imperativo homeostático que se refiere a la “resistencia” es claro: produce la supervivencia y se da por hecho sin ninguna referencia ni reverencia específicas cuando se considera la evolución de cualquier organismo o especie. (...) Asegura que la vida se regule dentro de manera que no solo sea compatible con la supervivencia, sino que contribuya también a la prosperidad, a una proyección de la vida hacia el futuro de un organismo o especie. (...) La homeostasis ha guiado, de manera inconsciente y no reflexiva, sin designio previo, la selección de estructura y mecanismos biológicos capaces no solo de mantener la vida, sino también de fomentar la evolución de todas las especies que existen en las diversas ramas del árbol evolutivo. (Damasio, 2018: 44-45).

¹ Neurocientífico portugués. Profesor de psicología, neurociencia y neurología de la universidad del Sur de California. Investigador de los sistemas neuronales y las bases neurológicas de la mente.



La especie humana, que es resultado de los procesos evolutivos de la vida, responde también a continuados procesos de esta homeostasis; y la cultura, como dice Corbí², “es el instrumento de la especie humana para construir y adaptarse al medio y sobrevivir en él” y aunque nos “distancie de los demás vivientes, también nos alinea con ellos porque está al mismo nivel que la aparición de las garras de los animales depredadores y las pezuñas de los corredores” (Corbí, 1996: 5); por tanto, ella no puede escapar a la necesidad de mantenerse conectada con la preservación de la vida. En palabras de Damasio:

Sospecho ciertamente que el desarrollo de nuestros códigos de conducta, independientemente de dónde y cuándo aparecieran, se ha inspirado siempre en el imperativo homeostático. Es decir, generalmente estos códigos han buscado la reducción de riesgos y peligros para los individuos y los grupos sociales y han producido realmente una reducción del sufrimiento humano, aumentando, por tanto, su bienestar. Consecuentemente, ha fortalecido la cohesión social, que es, en sí misma, un factor favorable a la homeostasis. (Damasio, 2018: 49).

Aceptar que no podemos escapar al proceso homeostático y que este sigue presente en las expresiones de la vida humana supone cuestionar la pretensión de gestionar lo que llamamos lo humano al margen de las leyes de la naturaleza; el antropocentrismo es una creencia cultural que nos ha llevado actuar desconectados de las mismas y aunque sus consecuencias son cada vez más evidentes, hay todavía demasiadas personas que se empeñan en seguir aferradas a ella, cegadas por la soberbia que se apoya en el poder del dinero, de las armas o de la política y guiados por sus intereses inmediatos. Es necesario reiterarlo: la cultura es una forma de construir la homeostasis, es decir, de preservar la vida y, en consecuencia, no es posible mantener una cultura desconectada de la vida misma, al menos sin pagar el precio de ello.

El tipo de homeostasis automática que encontramos en las bacterias, en los animales simples y en las plantas precede al desarrollo de la mente que posteriormente se dotó de sentimientos y consciencia. Este desarrollo de mente, sentimientos y consciencia posibilitó que la mente pudiera interferir deliberadamente en mecanismos homeostáticos predeterminados e incluso, posteriormente, permitió que la invención creativa e inteligente expandiera la homeostasis al ámbito sociocultural. (Damasio, 2018: 77).

²Epistemólogo español que ha centrado sus investigaciones en las consecuencias axiológicas de las transformaciones generadas por las sociedades de innovación o post-industriales.



“La naturaleza es el espejo mediante el cual se puede conocer más acerca de nosotros mismos como especie”. (Martínez, 2015:10). Hay una inteligencia de la vida que no es neuronal. La ya nombrada soberbia humana, que cree que el culmen de la evolución es la inteligencia neuronal, no es capaz de reconocer que hay otra inteligencia implícita en los sistemas vivos del planeta y que está funcionando permanentemente, construyendo nuevas homeostasis en la medida en que los humanos rompemos los equilibrios que permiten su continuidad. Esta misma inteligencia no neuronal también nos atraviesa y está actuando de forma permanente, pues somos el acumulado de la misma. Tenemos en nuestro cuerpo “100 millones de bacterias, solo en el tubo digestivo, mientras que en todo un ser humano hay alrededor de 10 millones de células en total” (Damasio, 2018: 84). Es decir, por fuera y por dentro de nosotros hay una inteligencia no neuronal construyendo nuevas homeostasis en función de la vida, que no de la vida humana, al menos no solo.

Las bacterias son organismos muy inteligentes; esa es la única manera de decirlo, aunque su inteligencia no esté guiada por una mente con sentimientos e intenciones y con un punto de vista consciente. Pueden percibir las condiciones de su entorno y reaccionar de manera ventajosa para la continuación de su vida. Estas reacciones incluyen complejos comportamientos sociales. Pueden comunicarse entre sí, no con palabras, es cierto, pero las moléculas con las que emiten señales lo dicen todo. Los análisis que realizan les permiten evaluar su situación y, en consecuencia, les permiten vivir independientemente o unirse a otras bacterias si es necesario. Estos organismos unicelulares no tienen sistema nervioso ni mente en el mismo sentido que nosotros. Pero poseen variedades de percepción, memoria, comunicación y gobierno social. Los procesos funcionales que sostienen esta “inteligencia sin cerebro ni mente” se basan en redes químicas y eléctricas del mismo tipo que los sistemas nerviosos llegaron a poseer, potenciar y explorar más tarde en el camino de la evolución. (Damasio, 2018: 84).





2. CRISIS DE CIVILIZACIÓN - LA CULTURA EN CRISIS

Con base en lo anterior, ¿podríamos decir que la crisis de civilización en la que nos encontramos es el cuestionamiento profundo a una cultura que ha terminado por desconectarnos de la preservación de la vida? La crisis es un síntoma de que nos hemos separado, culturalmente hablando, del imperativo homeostático sin el cual no es posible subsistir. Sabemos que tenemos que cambiar, pero no sabemos el cómo, y la incertidumbre es el ámbito en el que se debate la sociedad humana. Esta sensación es cada vez más colectiva y planetaria porque amenaza elementos que determinan la posibilidad de la vida, como el agua o la calidad del aire, y porque hemos desarrollado la capacidad de nuestra propia destrucción; la guerra es solo un ejemplo de ello.

En ocasiones no es ni siquiera consciente, pero esta percepción de la necesidad de corregir el rumbo crece en la humanidad. Y como no somos capaces de construir nuevos caminos, repetimos los que ya sabemos transitar; pero no es posible llegar a distinto lugar cuando utilizamos las mismas rutas.

Sin embargo, como no es posible la vida humana sin un contexto cultural, seguimos repitiendo el universo de significaciones que nos amenazan, mientras somos capaces de encontrar nuevas rutas, nuevos sentidos con su necesaria legitimación colectiva. Vivimos en medio del tránsito entre una cultura que sigue siendo hegemónica y se reproduce igual a sí misma y una cultura emergente que propone rutas alternativas, líneas de fuga, nuevo universo de relaciones y significaciones, pero sin la suficiente aceptación social de los caminos colectivos que debemos recorrer. Conocemos las funestas consecuencias sociales, ambientales, incluso personales del modelo cultural que nos hegemoniza, pero las vivimos como un destino manifiesto; el miedo nos impide atrevernos a cambiar. La cultura funciona como un universo de interrelaciones e interdependencias y cualquier transformación rompe el equilibrio construido y colectivamente aceptado; la necesidad de reconectarnos con la vida suscita la urgencia de realizar transformaciones, pero se nos "mueve el piso" y corremos a aferrarnos de nuevo a lo conocido.

El cambio es en lógica de incertidumbre y esta es una cultura de las certezas. Nos cuesta mucho trabajo asumir aquella lógica porque nos educan en las respuestas, en las verdades. Desde que entramos al sistema educativo nos enseñan un universo de certezas y respuestas dadas que impiden a la mayoría de las personas imaginar un mundo distinto y, más aún, construirlo. Como decíamos antes, es necesario poner en interrogación nuestras creencias colectivas o, al menos, aquellas que nos tienen al borde del abismo. Cambiar supone, pedagógicamente, educar en la incertidumbre, en el disfrute de lo incierto, porque necesitamos atrevernos a pensar lo que no existe y eso supone asumir el riesgo. Sin embargo, lo distinto no aparece de la nada, precisa del desarrollo de un proceso entre lo que se abandona y las nuevas formas de hacer y pensar. En consecuencia, es importante tomar distancia para ver los cambios que están sucediendo. No son retos del futuro, son retos que ya se están dando, que ya estamos caminando, pero es importante aprender a percibirlos a través del cuestionamiento profundo de las creencias instaladas, que



limitan nuestra capacidad de ver lo que está emergiendo, alternativo a la cultura que nos hegemoniza, desde muchos de los movimientos sociales que han sido capaces de incorporar prácticas distintas a la cotidianidad de sus relaciones.

Las sociedades no modifican sus moldes culturales más que cuando es absolutamente imprescindible. Si hay alguna posibilidad de evitar una mutación del molde, se hace o, por lo menos, se suaviza al máximo. Mientras sea posible se introducirán sólo modificaciones en el viejo sistema para no tener que cambiarlo radicalmente. El cambio de un paradigma de interpretación, valoración y actuación es siempre un riesgo grave. Un modelo que ha estado vigente por largo tiempo, ha acreditado su eficacia para garantizar la vida del grupo; nunca se sabe si un modelo nuevo será capaz de garantizar lo que el viejo aseguraba. No se corre ese riesgo más que cuando resulta totalmente evidente la muerte del grupo si se mantiene el viejo sistema (Corbí, 1996: 14).

Es el momento de las preguntas, son ellas el signo de los tiempos. Al borde de la imposibilidad de la vida humana necesitamos auscultar el universo de nuestras relaciones, comprender cómo y a través de qué medios reproducimos las lecciones aprendidas, para poder cambiar aquellas que hoy amenazan la homeostasis de la vida humana. Para ello, debemos ir de lo macro a lo micro permanentemente; no hay una relación lineal de causa efecto entre el uno y el otro ámbito. El principio hologramático del pensamiento complejo propone ver el todo en las partes y las partes en el todo, separando y reduciendo, al tiempo que distinguiendo y enlazando. Lo micro es el lugar de los mensajes simples y repetidos y en donde se aprenden y asumen los comportamientos que se expresan, ampliados, en los espacios de lo macro; pero al tiempo, lo macro es el espejo en donde aprendemos lo que somos y pensamos o lo que creemos ser y pensar. No es primero lo micro y luego lo macro ni viceversa, es al tiempo lo uno y lo otro. Enfrentar solo lo macro reproduce sentimientos de impotencia y nos impide ver que la cultura solo es posible transformarla en el ámbito de las relaciones cotidianas. Por otro lado, las transformaciones de lo micro nos parecen tan pequeñas que renunciamos a ellas por la aparente inutilidad de las mismas y terminamos supeditando nuestros poderes a soluciones mesiánicas a las que adherir y defender con nuestra propia vida, si es preciso. Y así, caemos de nuevo en la trampa de la que pretendemos escapar.

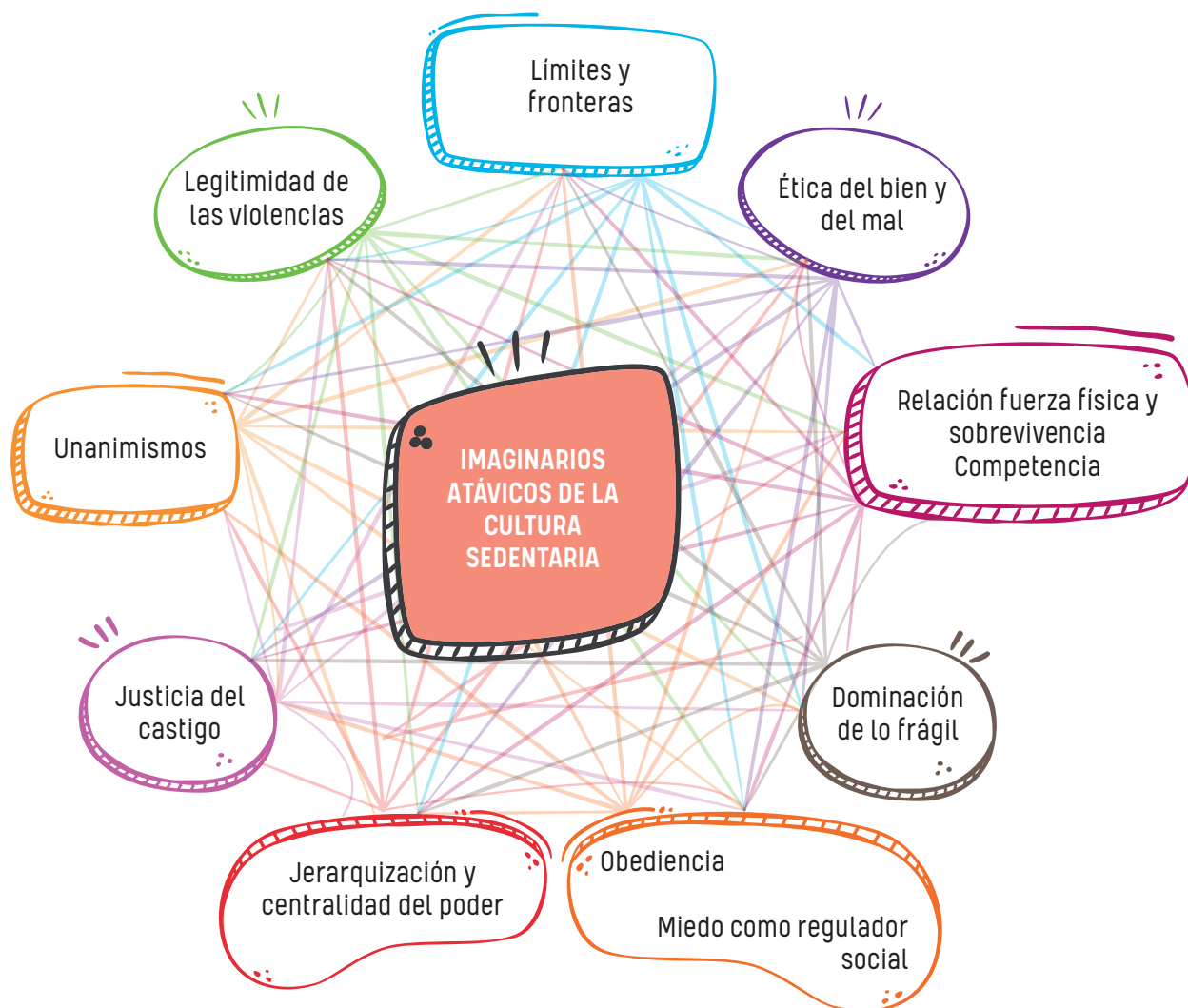
Los seres humanos no tenemos la realidad, lo que tenemos es una mirada de la misma a través de nuestras creencias, por lo tanto, transformar la realidad no es posible sin transformar aquellas. Si propusiésemos que mañana levantáramos las manos los hombres y las mujeres que queremos un mundo distinto, un mundo mejor, es posible que la mayoría lo hiciéramos al tiempo. La pregunta es, si tantas personas estamos de acuerdo, por qué nos sigue saliendo igual o peor. Y la respuesta, tal vez, está en que queremos un mundo distinto, pero cuando construimos el mundo que nos corresponde, lo construimos igual al que no nos gusta. Y no es un problema de buena o mala voluntad, sino de la existencia de unos contenidos culturales que repetimos de forma inconsciente y que se manifiestan en las creencias a través de las cuales miramos la realidad.

Toda cultura es una construcción histórica y social, por lo que todas nuestras creencias nacieron en algún momento y nacieron en un contexto particular. Cambiar es atrevernos a retar el universo de sus significaciones. No hay nada natural en lo que creemos por lo que todo es susceptible de ser mutado. Reproducir las creencias construidas hace 4000 o 5000 años supone pensar que el mundo y los retos de la construcción de la vida no han cambiado. Es quizás el momento de desprendernos, de atrevernos a transitar, de reaprender la libertad que rompe las fronteras de la imagen de nosotros y nosotras mismas para redescubrir la diversidad como condición de la vida.





3. ALGUNOS DE LOS IMAGINARIOS DE LA CULTURA HEGEMÓNICA



En la figura anterior vemos algunos de los imaginarios atávicos de la cultura hegemónica. Ellos son el esqueleto de la cultura, son elementos muy simples y sencillos porque se transmiten en la vida cotidiana a través de creencias muy básicas, incorporadas a las acciones. Todos ellos están interrelacionados y son interdependientes, construyendo una red compleja que se apoya en mitos y ritos repetidos, elaborando el universo de nuestras significaciones. Es a través de ellos que construimos el sentido de nuestras acciones y de las lecturas que hacemos de la realidad, llegando a confundir dichas lecturas con la realidad misma, y solo se transforman a partir de la certeza social de que algunos de ellos amenazan y/o son incapaces para sostener la vida, en medio de esta crisis de civilización. Sólo si la humanidad es capaz de reconectar sus imaginarios atávicos con la vida, podrá decirse que la cultura, de nuevo, logró posibilitar nuestra propia continuidad.

La revolución cultural más importante que hemos realizado los seres humanos ha sido la del neolítico, que significó un cambio paradigmático en profundidad. La sedentarización supuso una revolución tal de nuestra mirada del mundo que determinó los imaginarios atávicos que aún sustentan la cultura que nos hegemoniza. En diferentes momentos de la historia posterior, la humanidad ha intentado transformar algunos de ellos, pero solo ha conseguido travestirlos. A modo de ejemplo, hemos llevado a cabo revoluciones políticas, pretendiendo cambiar las estructuras del poder, sin cambiar la perspectiva jerarquizada del mismo.

La cultura sedentaria es una propuesta basada en límites y fronteras. Cuando éramos nómadas, el límite era el horizonte y era móvil, al volvernos sedentarios cambiaron las significaciones del territorio y le construimos límites fijos. Nos cuesta mucho trabajo percibir la realidad sin ellos. Construimos el género determinando límites entre lo que es ser hombre y ser mujer y si alguien se atreve a franquearlos es satanizado su comportamiento. Es a través de los límites que construimos las significaciones del adentro y el afuera; adentro los que pensamos igual, tenemos la misma normatividad, el mismo idioma, las mismas creencias religiosas; afuera los diferentes, que son percibidos como amenazantes de todo aquello que define lo común. Con los límites construimos la percepción dualista de la realidad, que nos lleva a creer que todo puede ser dividido en polos opuestos que se definen por la ausencia absoluta de lo otro y cuyo conflicto solo tiene como salida la desaparición o la dominación del contrario. Con base en este imaginario dividimos el mundo de lo humano entre amigos y enemigos, definidos los primeros por similitud y los segundos por la diferencia. Forma parte de esta percepción atávica la división entre naturaleza y humanidad. El dualismo del bien y del mal es la bipolaridad más difícil de cambiar porque está aferrada a nuestro centro cultural, a nuestros códigos culturales más básicos. No somos capaces de imaginarnos un mundo sin dicha división y cuando intentamos construir nuevos mundos, volvemos a construir nuevos buenos y nuevos malos, sembrando la semilla que dará como resultado el mismo mundo del que pretendíamos escapar, en el que el bien debe acabar con el mal, base de la legitimación de todo tipo de violencias.

Cambiar esto supone también deconstruir los mitos de los héroes y los mártires, porque cada que construimos una causa por la cual morir, se nos vuelve una causa por la cual matar. Los héroes y los mártires se tornan un medio a través del cual legitimamos nuestra forma particular de percibir la realidad y su disposición a la entrega de su propia vida es una demostración de la bondad de su causa por la que, casi de inmediato, satanizamos a quienes se opongan a ella, justificando el uso de la violencia contra quienes cuestionan nuestra propia bondad. Tenemos una ética aferrada al bien y al mal, nacida de los límites mentales que establecemos entre lo uno y lo otro, y plena de mitos y ritos que reproducen esta manera de leer la realidad. Son creencias sociales e históricas que dan apariencia de verdad a nuestras formas particulares de percibir. En este sentido, necesitamos estar muy pendientes para que



la propuesta de la no violencia no se nos vuelva una nueva ideología desde la cual construyamos, de nuevo, límites: adentro los buenos, los no violentos, y afuera los malos, los violentos. Ello no sería transformar la realidad sino travestirla a través de nuevos eufemismos.

Otro imaginario atávico es la relación entre la fuerza y la sobrevivencia. Todavía se dice “solo sobreviven los fuertes”, equiparando el éxito con la posesión de dicha característica y con evitar todo lo que suponga ser frágil. Con el tiempo, ha cambiado el sujeto de la fuerza mas no la dependencia que ella imprime, centrando la fuerza en las características físicas, en la posesión de fuerza militar o política y, más recientemente, en la posesión de poder económico. La constitución del dualismo fuerte/frágil se convierte, entonces, en regulador de la realidad social, pues atribuimos al fuerte la capacidad para proteger al frágil y, por tanto, el derecho a su dominación y su sometimiento. Así naturalizamos la dominación del adulto sobre los menores, del hombre sobre la mujer, de la humanidad sobre la naturaleza. El resultado es una cultura que se estructura para defender a los más fuertes y que explica el por qué se movilizan recursos colectivos para salvar banqueros y no para solucionar el hambre o la sed en el planeta, y que ello nos parezca normal. Es desde este imaginario atávico que entendemos el poder como capacidad de dominación. Cambiar el mundo no consiste en cambiar al sujeto de la dominación, por ejemplo, poniendo mujeres en su lugar, si estas manejan dicho poder en la misma lógica de la dominación. Si fuera cierto que solo sobreviven los más fuertes, hoy existirían los dinosaurios y no las mariposas. Ellas son la demostración de que la fragilidad también es una estrategia de la vida. Es un símbolo de que la realidad puede ser cambiada, metamorfoseada, de la necesidad de observar la realidad con múltiples miradas.

La legitimación de la dominación de los más fuertes necesita de otro imaginario que es la obediencia, como la virtud social por excelencia. Casi todos los procesos de socialización humana procuran su aprendizaje e interiorización. Se premia la obediencia en la familia, en la escuela, en la empresa, en las religiones, en la sociedad. En todas las sociedades existen mitos y ritos que consagran su importancia. Es un ejemplo de ello el mito de Abraham, que está dispuesto a matar a su hijo para demostrar su absoluta lealtad y obediencia; también la tragedia griega de Prometeo encadenado nos habla de los castigos a que es sometido su protagonista por un acto de desobediencia, condenado por toda la eternidad a que sus vísceras sean devoradas por los buitres como castigo inacabable a su osadía de desobediencia. ¿Y a quién hay que obedecer? A los más fuertes, porque ellos son equiparados con los buenos, en la medida en que los frágiles dependen de su éxito. No resulta gratuito que todas las crisis económicas se paguen con los recursos destinados a los más pobres, que se entregan para socorrer a los más fuertes. Los mitos de la obediencia vienen a sostener estas creencias.

Y este imaginario camina de la mano con el miedo como regulador social. Una cosa es el miedo como característica que invita a proteger la vida y otra es exacerbarlo con la idea de obligar a la obediencia a quien representa algún tipo de poder. Educamos en el miedo y lo interiorizamos de tal forma en la vida diaria que existe una especie de respeto y reverencia “per se” hacia quienes ostentan algo de poder, expresado a través de actitudes de sometimiento voluntario. Creemos con miedo a Dios, a los padres, a los maestros, a los jefes religiosos, a los gerentes, al Estado, porque todos ellos se han encargado de hacer evidentes las consecuencias negativas que se vienen detrás de la no aceptación de su poder y cualquier posibilidad de desobediencia.

La obediencia y el miedo nos lleva a construir realidades jerarquizadas. Creemos que el orden en la sociedad depende de ello y llegamos fácilmente a la conclusión de que una organización no jerarquizada es caótica. De hecho, seguimos reproduciendo organizaciones de este tipo incluso en los ámbitos que pretenden cambios y



transformaciones, fortaleciendo las dependencias de los liderazgos únicos. Creemos creyendo que nuestros padres no se equivocan y luego trasladamos dicha concesión a todo el que representa el poder en las instituciones a las que vamos llegando. Esta creencia, que nos hace reproducir una dependencia del autoritarismo, es otro de los imaginarios atávicos de la cultura patriarcal.

La justicia del castigo es consecuencia de lo anterior. Cuando un niño se equivoca, sus padres acuden de inmediato al castigo, que debe producir dolor si se desea que sea efectivo, atribuyéndole una fuerza educadora al mismo. Esto está relacionado con el sentimiento de culpa, que logra el sometimiento voluntario de la subjetividad. Toda construcción normativa expresa lo que debe ser obedecido y los castigos que se aplicarán a quien no la obedezca y sigue siendo una regulación a través del miedo. De hecho, seguimos creyendo que las soluciones a los problemas de la sociedad están relacionadas con el aumento del castigo, que está inspirada en el Código de Hamurabi del “ojo por ojo” y que no ha conseguido los resultados esperados, a pesar de ser un empeño que ya lleva más de 3800 años. ¿Y quién construye la normatividad? Hay un reconocimiento implícito de la capacidad de los más fuertes para hacerlo. Ellos son los que deben ser obedecidos, los que construyen las normas, los que se abrogan el derecho a castigar, los que se legitiman a través del miedo, los que definen los parámetros de la verdad social y determinan lo que debe ser considerado socialmente como bueno o malo.

El imaginario atávico del unanimismo nos conduce a pensar que hay una sola forma de entender, percibir y construir la realidad, satanizando o sometiendo lo distinto. Nos encantan los uniformes, los monocultivos, la religión verdadera, cualquiera que ella sea, las formas de pensar que se parecen a las nuestras y, en consecuencia, educamos en la homogeneización, en las verdades únicas, en respuestas dadas, interiorizando un miedo a lo diferente, a la diversidad y sus expresiones en la sexualidad humana, en la política, en la naturaleza, en la espiritualidad, por nombrar solo algunas.

Y, por último, esta es una cultura que legitima el uso de las violencias como la mediación por excelencia y el método para defender los límites sociales establecidos, para que el bien acabe con el mal; para que los fuertes impongan sus lógicas de dominación, utilizando la obediencia, el miedo y el castigo; para que los Estados logren mantener el orden y protejan la normatividad construida por ellos para el supuesto bien común. Es una violencia que, por definición, es cobarde, porque legitima y considera buena la violencia de los fuertes contra los frágiles. De hecho, le llama distinto: si un papá le pega a un niño, lo está educando; si el Estado maltrata a los ciudadanos a través de los organismos de seguridad, está imponiendo el orden; si Europa bombardea Siria o Libia está llevando la paz y la civilización; por el contrario, si a alguien se le ocurre poner una bomba en un aeropuerto es el peor de los terroristas. Lo anterior explica el por qué es tan difícil superar las violencias de género porque responden a la misma lógica. Es una cultura que sigue nombrando como santas las violencias que ejercen los más fuertes, sin importar si se realizan en los espacios de lo micro o de lo macro.

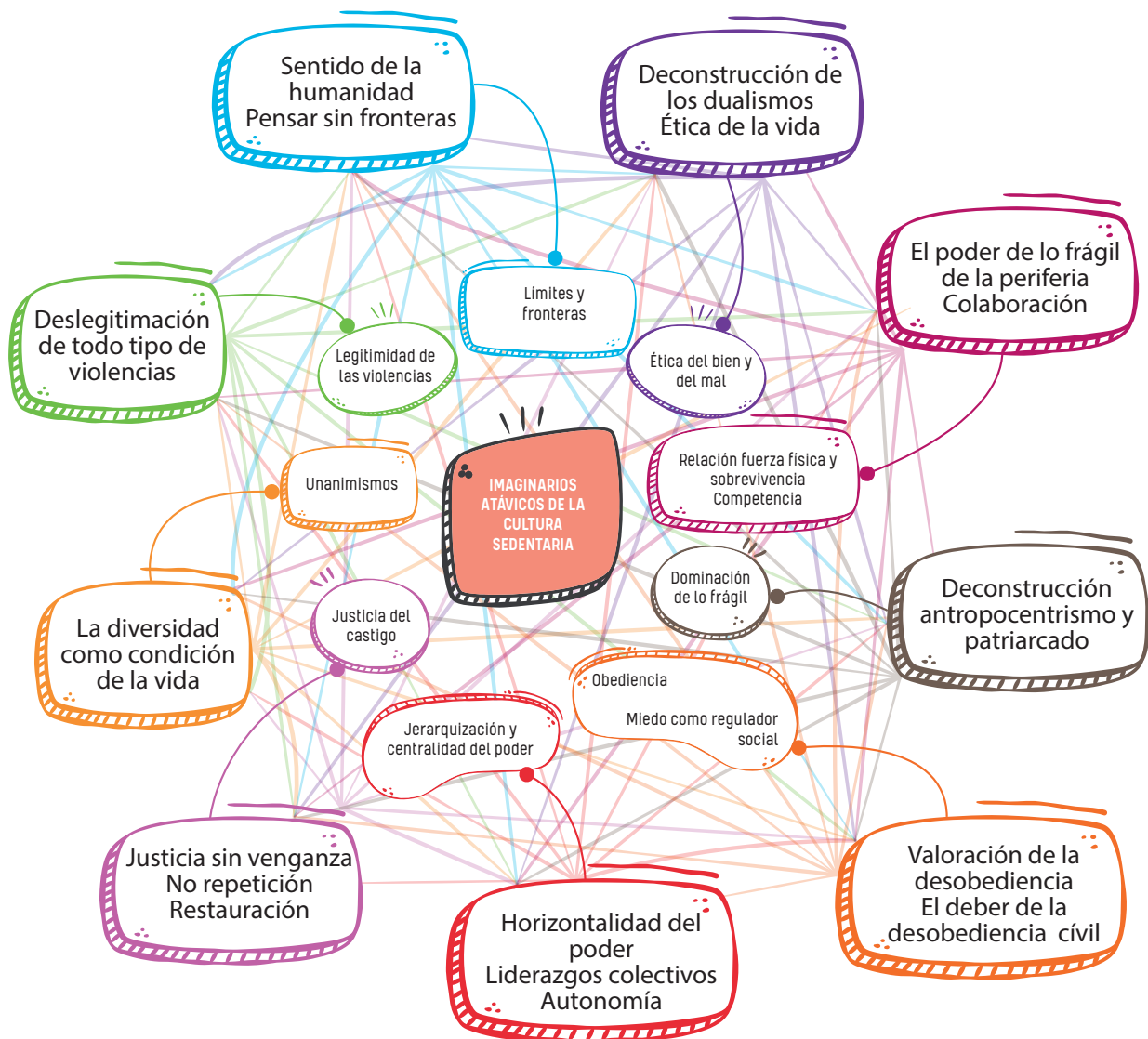
Sin embargo, como sostenía al inicio, cuando la cultura y sus imaginarios no son capaces de sostener la vida o la amenazan, se inicia un proceso de transformación profunda. Hemos desconectado la cultura de la vida y hemos terminado utilizando el universo de las significaciones al servicio de intereses particulares, que no de la vida misma. Por todo ello, nos encontramos en medio de una crisis de civilización que plantea la necesidad de profundas transformaciones en el ámbito de la cultura y es fundamental aprender a visualizar aquellas que están ocurriendo, con el fin de potenciarlas socialmente.





4. LA CULTURA EMERGENTE TRANSFORMACIONES EN PROCESO

¿Cuáles son las transformaciones que estamos realizando? ¿Cuáles son las características de aquello que empieza a visualizarse como distinto? ¿Cómo estamos transformando y/o construyendo nuevos imaginarios atávicos?



La primera condición es que ellas sean en lógica de fuga, que no de oposición. Esta última solo logra evidenciar y consolidar el poder de los más fuertes, porque responde a la necesidad de la competencia, y se trata de incorporar la lógica de la colaboración con el fin de empoderar la periferia, que es el espacio por excelencia de las transformaciones culturales. Si la cultura se aprende en la vida cotidiana, ella se convierte en el espacio de su transformación. Es allí donde se puede expresar el llamado poder de la fragilidad, que va conformando la cultura emergente de la noviolencia, una construcción en proceso, sobre el camino, que bebe, se nutre y se fortalece con los aportes de movimientos y movilizaciones sociales que trascienden las formas organizativas a las que estamos acostumbrados.

En el tema de los límites y fronteras nos estamos atreviendo a pensar sin la definición previa de aquellos. Pensar sin fronteras entre lo masculino y lo femenino nos está llevando hacia la deconstrucción del género, desde el feminismo de la diferencia. Estamos entendiendo que lo que llamamos lo masculino y lo femenino se puede deconstruir y reconstruir porque es cultural. Los hombres hemos empezado a transitar por el ámbito del cuidado y las mujeres por el de la provisión, admitiendo que la orientación sexual no depende los roles que interioricemos. Esta cultura no solo es violenta con las mujeres, es violenta con ellas y con los hombres, que somos educados como torpes afectivos sin la posibilidad de expresar nuestros sentimientos; aceptar esta evidencia está acelerando la vinculación de las transformaciones en la subjetividad personal y social, comprendiendo que el espacio de lo personal también es un asunto político, aporte trascendental de los movimientos feministas.

También está creciendo el sentido de humanidad, deshaciendo la significación de la pertenencia definida por los Estados y sus fronteras y percibiendo como propios los dolores de otros y otras en cualquier lugar del planeta. Los pacifismos han sido muy importantes en este proceso al deslegitimar las guerras a través de la movilización de millones de personas. Las manifestaciones de los jóvenes contra la guerra de Vietnam, en su momento, resultado de evidenciar las salvajadas del ejército norteamericano con la población civil en dicho país, como la matanza de My Lai o la fotografía de una niña desnuda quemada con napalm, resquebrajaron las razones del gobierno estadounidense y movieron a la solidaridad con la población vietnamita; las marchas del "No en mi nombre" contra la guerra en Irak no lograron impedir la invasión, pero demostraron cómo se fabrican las mentiras por parte de los poderosos de turno, quitando piso a la legitimación del uso de la guerra, que parecía incuestionable. Las filas interminables de hombres que se presentaban como voluntarios para ir a la guerra son, cada vez más, imágenes del pasado. En esto sigue siendo muy importante la reflexión de las mujeres, al hacernos cambiar el foco del análisis, para descubrir que la violencia que termina en guerras, se aprende y se legitima en la vida cotidiana, con argumentaciones similares.



Estamos rompiendo las fronteras establecidas por el antropocentrismo, que divide la realidad en el dualismo humanidad/naturaleza. Cada vez hay más sensibilidad por los otros seres vivos y avanza la reflexión sobre los derechos de las otras formas de vida, sin que el valor de uso por parte de los humanos legitime su existencia. Se multiplican los colectivos que luchan contra la fabricación de abrigos de piel animal, contra la práctica de los toros que pretende justificar la tortura animal con el argumento de ser parte de la cultura, contra la caza de ballenas, contra el uso del marfil que tiene a los elefantes al borde de la extinción, contra las granjas ganaderas que aumentan sus excedentes a costa del sufrimiento animal, por nombrar solo algunos. Crece la idea de que la vida en este planeta está interconectada y es interdependiente como alternativa a la idea de la dominación que legitimaba y sigue legitimando que los humanos la conciben como fuente de recursos al servicio de su bienestar. Nuestros niños y niñas ya tienen, cada vez en mayor número, esa sensibilidad incorporada. Es la inmanencia de la vida suscitando otras formas de comportamiento y transformando nuestras creencias, en ocasiones sin apenas darnos cuenta y sin que dicho proceso pase necesariamente por la racionalidad.

Como alternativa a la ética del bien y del mal, está surgiendo la ética de la vida que, de paso, ofrece caminos que toman distancia de las interpretaciones dualistas de la realidad. En ello han sido fundamentales los movimientos ecologistas, que nos hacen reflexionar sobre las características ecosistémicas de la vida, la interrelación de la diversidad y la importancia de plantearnos sociedades, no que toleren lo distinto, sino que comprendan su necesidad. En menos de una generación se están dando profundas transformaciones en nuestra subjetividad como seres humanos con una inevitable interdependencia con todas las formas de vida que compartimos este planeta. La dictadura de la verdad única empieza a dar paso a la importancia de entender a la sociedad humana como un ecosistema en el que la diversidad de miradas aporta al equilibrio dinámico que se requiere, comprendiendo la paz no como el triunfo indiscutible de la primera sino como acuerdos colectivos en construcción permanente y, de paso, ayudándonos a deconstruir los dualismos del bien/mal, amigo/enemigo, masculino/femenino, naturaleza/humanidad que nos han enzarzado en múltiples formas de hacer la guerra y promover la destrucción del planeta que nos sustenta.

Alternativo a la legitimada dominación de los fuertes estamos descubriendo el poder de la fragilidad, evidenciando que las grandes transformaciones no ocurren en lógica de centro. Si nos fijamos bien, los temas que son hoy importantes en el debate mundial no han surgido de los administradores de los Estados ni de las jerarquías institucionales, cualesquiera que ellas sean. Los derechos humanos, la necesaria equidad de géneros, los derechos de las otredades sexuales, la reflexión ecológica y los problemas del cambio climático, la superación de las guerras y la lucha de los pacifistas, la superación de los racismos y todo tipo de discriminación, la autoafirmación de las comunidades originarias, entre muchos otros, que hoy concentran los grandes retos que enfrentamos como humanidad, han surgido y se siguen enriqueciendo desde los aportes de hombres y mujeres que no han tenido ni poder político ni poder económico ni poder militar. Son transformaciones desde la periferia de las sociedades, transformando en clave de persistencia, que no de contundencia. Ninguno de estos movimientos ha propuesto guerras ni destrucción de quienes no piensen como ellos. Su lógica responde más al efecto de las múltiples gotas de agua cayendo persistentemente sobre la piedra, no para destruirla sino para transformarla. Son acciones que se desarrollan en lógica de fuga y desde el poder de la fragilidad, desde el llamado poder de los sin poder. No responden a lógicas jerarquizadas sino que desarrollan estructuras horizontales que permiten la vinculación a sus



Luchas sin aparatos centralizados, sin jefes o jefas únicas, sin elecciones representativas que deleguen el poder sino desde una concepción de democracia directa que permite ejercer el poder allí donde se puede, promoviendo el liderazgo colectivo. Son movimientos con profunda incidencia en las transformaciones culturales que se necesitan, insinuando otras formas de organización, más parecidas a una red multinodal que a un triángulo que estructura y reproduce la dependencia.

Hoy se hace necesario profundizar en el desarrollo de la autonomía, en coherencia con los planteamientos de Gandhi sobre el Swaraj y el Swadeshi. El primero hace referencia a la importancia de procurar la implementación de las capacidades de la gente y su propia gestión a través de formas de autogobierno; el segundo invita a buscar la mayor autosuficiencia. Son, por lo tanto, el corazón de la desobediencia civil, entendiendo que ella es el resultado de la superación de las dependencias y los miedos que sustentan y reproducen las lógicas del poder patriarcal. Traducir este propósito en acciones concretas supone, entre otras cosas, transformar las prácticas educativas con el fin de que se profundicen y fortalezcan los niveles de autonomía. A modo de ejemplo, se requiere modificar las lógicas evaluativas, para que ellas no sean una conciencia externa y con mayor poder, que decide lo que los y las estudiantes saben o no, caminando hacia un proceso más participativo. Ello supone permitir que el poder circule, construyendo niveles de autonomía en nuestros niños y niñas para que aprendan a tomar decisiones, para que sean más libres, para que no siga siendo el miedo el regulador social. Supone también enseñar a desobedecer, es decir, hacer que la desobediencia tenga un reconocimiento positivo en el ámbito social, cuando ella tenga razones que la justifiquen.

A la justicia del castigo, estamos pensando en lo que puede ser la justicia sin venganza, porque solo ella nos puede garantizar la no repetición. Es más importante, para transformar, restaurar el daño cometido que sufrir castigo por el mismo, que reproduce la culpa, la rabia y el dolor y estos sentimientos obstaculizan la no repetición. Debe existir una relación directa entre el daño y la reparación.

Estamos integrando la importancia de la diversidad como condición de la vida, revisando incluso las formas de producir basada en los monocultivos y en la destrucción sistemática de la diversidad genética de las semillas. Esta diversidad debe estar presente también en las formas otras de construir las sociedades humanas tan permeadas aún por modelos uniformadores y por relaciones excluyentes entre los distintos. En este sentido y a modo de ejemplo, vamos entendiendo que somos seres diversos y que las orientaciones sexuales son una expresión de la profunda diversidad de la vida y no una perversión, como son observadas desde lo heteronormativo.

Nos encontramos igualmente en el proceso de deconstrucción de la legitimación de las violencias; ya ellas empiezan a producir vergüenza en quien hace uso de cualquiera de sus expresiones: ya no es tan fácil que un adulto maltrate a un niño o niña en público porque se arriesga a recibir una sanción social; las violencias de género también están en este camino, así como las que se ejercen contra los animales; las guerras han ido perdiendo su reconocimiento social a través de la socialización de imágenes como las torturas en Abu Grahیب o Guantánamo. También las movilizaciones de un sinnúmero de jóvenes objetores de conciencia están incidiendo en aquellos imaginarios colectivos que han hecho del matar una forma de construir héroes o mártires.





5. A MODO DE CONCLUSIÓN

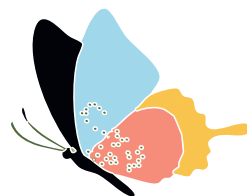
Todo lo anterior nos refiere a las propuestas de Gandhi que plantean la importancia de cuidar los medios, porque es sobre ellos que podemos ejercer cambios en una cultura que se empeña en creer que los fines justifican la utilización de cualquier método. Decía “cuiden los medios que los fines se cuidan solos”. En esta perspectiva nos propone la enseñanza de la Ahimsa, que consiste en no dañar ni producir sufrimiento y que, en sentido positivo, hace referencia al cuidado amoroso de la vida; en ella está la esencia de la no violencia. Necesitamos recuperar la capacidad política del amor, haciendo de su práctica un instrumento de transformación social. Como método tiene que ver con un proceso de seducción colectiva, de transformación amorosa que poco o nada tiene que ver con las acepciones melifluas de la banalización de su fuerza. En este sentido la no violencia es exigencia, es un grito de “basta ya” a las injusticias y es también un “aquí estoy” para incidir en la transformación de aquellos pequeños mundos en los que se puede expresar nuestro poder, haciendo de ellos un adelanto de las transformaciones en las que nos empeñamos, que nos permita trascender el discurso y aportar acciones concretas.

Por supuesto que no se trata de construir un nuevo dualismo entre la no violencia y la violencia, entre la cultura emergente y la cultura hegemónica, pues sería reproducir aquello que pretendemos transformar. Se trata de un camino, de un proceso que vaya quitando poder simbólico a una violencia que está soportada por mitos, ritos y significaciones que construyen la aceptación social de la misma a través de su naturalización. Trascender la mirada dualista de la realidad supone entender que es tan importante obedecer como desobedecer, conservar como transformar, así como potenciar las dimensiones horizontales del poder, fortaleciendo los liderazgos colectivos, sin satanizar sus expresiones verticales. Tampoco se trata de desconocer la importancia de la normatividad para la vida social, pero sí de pensar los métodos que nos permitan incluir la participación de la gente en la construcción de la misma, de forma que se profundice en su legitimidad.

Las transformaciones necesitan vincular el ámbito de lo simbólico. Somos seres culturales y, en consecuencia, toda nuestra comunicación está referida a símbolos. En consecuencia, se necesita una profunda creatividad que potencie nuevas simbologías, así como también la resignificación de las existentes.

Por último, no es posible explicar la humedad de la playa a partir de las últimas oleadas, así como tampoco es posible saber de dónde vino el agua que las conformó. Es un buen símil para entender que los cambios que están sucediendo acopian aprendizajes de humanidad que trascienden la relación causa efecto y la mirada lineal del tiempo y el espacio. La no violencia es esa playa húmeda que ha ido aprendiendo y se ha ido nutriendo de aquellos aprendizajes que seguimos haciendo en gerundio, como las olas que no dejan de llegar de forma persistente a las playas de este planeta vivo.





BIBLIOGRAFÍA

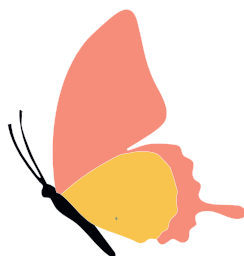


Corbi, Mariano (1996) *Religión sin religión*, Edición virtual, Barcelona, Servicioskoinonía.org.

Damasio, Antonio (2018) *El extraño orden de las cosas*, Barcelona, Editorial Planeta.

Martínez, Carlos Eduardo (2015) *De nuevo la vida - El poder de la no violencia y las transformaciones culturales*, Bogotá, Editorial Trillas de Colombia.

Martínez, Carlos Eduardo (2019) *De nuevo la vida - El poder de la no violencia y las transformaciones culturales*, Bogotá, Editorial Uniminuto.





Operador contratista

